

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LX

MADRID, 16 DE JULIO DE 1933

NÚMERO 29



EN MEDIA HORA

Angelín no tiene más que año y medio. Desde que sabe andar solo todo el mundo es suyo.

Llaman esta edad la edad peligrosa, cuando las manitas y pies hacen muchas travesuras, que la cabecita aún no comprende, y, en efecto, las madres pueden alegrarse de cada día que pasa sin accidente, mientras ellas tienen que hacer otras co-

sas urgentes; porque en esta edad ya no tienen paciencia los pequeños para estar metidos mucho tiempo en las andaderas.

Por la mañana, cuando el padre ha ido a su trabajo, y también los hermanos mayores han ido al Colegio, el peque desarrolla una actividad fabulosa. Ha dormido bien, también ha desayunado a su gusto, y ahora mira alrededor con sus ojos vivos,

y tan pronto se ve su cabellera rubia y su nariz chatita por el pasillo, como por el comedor, como por la puerta entreabierta de la cocina.

Son las ocho de la mañana. Primeramente ayuda a quitar la mesa del desayuno, y lleva muy formalito dos cucharitas a la cocina. ¡Que desaparezcan allí en el cubo de la basura es lo de menos! ¿Por qué, pues, habla mamá justamente en aquel momento con el lechero? El peque aprovecha la ocasión para meter la cáscara de un huevo en el cacharro del dulce, y, sacando del cesto de papeles unos trozos, los mete dentro de la cafetera. Después mira si contiene leche la jarrita, y para verlo mejor, la inclina hacia abajo y un pequeño chorro blanco corre por su delantal hacia el suelo. Desde luego procura pintar con su bota ciertas figuras con la leche, y marchando hacia atrás, pinta una cola larga hasta que llega a la puerta, donde, ¡cataplún!, se cae panza arriba.

No chilla; solamente se alegra que mamá, que ha terminado con el lechero, corre a su ayuda. Ella coge al tunante en brazos, y éste limpia con toda confianza su bota mojada en la manga de mamá.

—Quita; esto no se hace.

Le muda de calzado y lleva los zapatos mojados a secar cerca de la estufa.

Esto le interesa mucho al pillín, y mientras que la madre quita las huellas de las anteriores travesuras, él pesca un periódico, envuelve el zapato seco y le esconde entre el armario y la pared, y en los tres días próximos ayuda con gran celo a sus hermanos a buscarlo.

Ahora tira con gran esfuerzo una pelota colorada por la ventana, continuando su tarea con un pequeño auto. Una sillita se cae, él saca la muñeca de la hermanita, procura secar una mancha mojada cerca de la estufa con la manta del coche, esconde después el cepillo de los dientes de su her-

mano entre un montón de medias en el cesto de la costura.

Para todo esto no necesita más que unos segundos, y la madre llega en el momento oportuno para quitar unas tijeras de sus manos torpes. Con un ligero suspiro, coloca la muñeca otra vez en el coche, diciendo:

—Ya es hora que el carpintero arregle de nuevo tus andaderas.

Ahora van juntos a la cocina, y el pequeño héroe cuenta con gran importancia en su lenguaje infantil:

—Pelota, ¡pun! Auto, ¡pun! ¡Pobe muñeca; pupa!

Poco a poco se encuentran las diferentes cosas.

Suena el timbre: el cartero. Y como ahora la madre le lleva prudentemente al umbral, él arrebató al paso una caja de cerillas, que precisamente logra destapar en la puerta. No fué pequeña la sorpresa del cartero al ver aquel diluvio de cerillas a sus pies. Ayudó a recogerlas, mientras la madre firma un papel, y después va a llevar el correo al despacho del padre.

Pero ya viene el diablillo detrás al “santuario”, donde los hermanos mayores no se atreven a entrar sin permiso; y sin que la madre se perciba, tira una, dos, cuatro, seis patatas sucias, sacándolas de sus pequeños bolsillos, a la alfombra, exclamando con gran entusiasmo:

—¡Cataplún, pun, pun!

¿Cuándo pudo apoderarse de ellas?

Dan las ocho y media en el reloj.

¡Y todo esto en media hora!

LA ARDILLA

—

(Una historia verdadera)

En un bosque, poblado de grandes y hermosos árboles, paseaba un hombre con su mujer. De pronto la mujer le dice a su marido:

—Mira, ¿qué es lo que hay allí debajo del árbol? Se mueve, es un animalito; pero no es un ratón, porque no se escapa.

El señor se acercó y vió un animalito de color castaño oscuro, que estaba echado allí en el musgo.

—Es una ardilla muy chiquitina—dijo—, seguramente se ha caído del nido, y sus padres ahora no pueden subirla otra vez.

—¡Pobre animalito!—exclamó la mujer, compasiva—. ¿Qué va a ser de él?

—Se morirá de hambre—replicó el marido—, es demasiado pequeña aún para comer nueces, y nosotros tampoco la podemos criar.

Y los dos se alejaron, dejando al animalito debajo del árbol.

Pero la mujer no podía olvidar la pequeña ardilla. Le dolía que tuviera que morirse, sin que ella la pudiera socorrer; y cuando llegó a la casa donde se hospedaba, refirió lo ocurrido a la dueña. La casa también estaba en el bosque, y no muy lejos del sitio donde habían encontrado la ardilla. El ama, que también tenía un corazón muy compasivo, en seguida dijo:

—Enséñeme el animalito, por favor; me da tanta lástima.

Las dos mujeres se pusieron en camino para buscar la pobre ardilla. Pero, aunque la mujer creía conocer bien el lugar, tuvo que correr de un lado para otro, pues todos los árboles parecían iguales, y debajo de ninguno la encontraban.

—Tiene que ser por aquí. —Era un árbol muy grueso y cerca de él había un tronco cortado—. Entonces aquí debe ser—exclamó el ama. Se inclinó y, en efecto, lo encontró. Lo levantó con mucho cuidado y, al mirarlo, dijo:

—Pobre animalito, estás completamente ciego aún. Espera, acaso no tengas que morir.

Y en seguida contó a la mujer que tenían una gata en casa, cuya cría se había muerto,

menos un gatito que también era aún muy chiquitín y ciego. Pensaba dar la ardillita a la gata para que la diera de mamar, y así no tendría que morirse.

Con mucho cuidado, para no hacerla daño, el ama se llevó la ardilla a su casa. En un pajar cercano, y encima de un montón de heno blando, estaba la gata con su gatito. Estaba muy triste por haberle quedado más que uno y pensaba: ¿Con quién jugará mi pequeño, cuando ya pueda ver, si no tiene hermanitos? Con esto el ama vino al pajar; llevaba la ardilla en la mano y la puso sigilosamente muy cerca del cuerpo caliente y suave de la gata vieja.

Al principio la gata no lo notó, porque precisamente estaba lamiéndole la cara al gatito en aquel momento. Pero la pobre ardilla, hambrienta, sintió el calor de la gata, y, como ya hacía mucho tiempo que no había mamado, empezó a buscar el pezón, y en seguida se puso a chupar. Como todavía no podía ver, se figuraba que estaba otra vez en el nido con sus padres. La gata entonces se dió cuenta que mamaba otro animalito, y se alegró mucho, pensando que había vuelto uno de sus gatitos. Al volverse, y ver la ardilla que al ama había puesto en el heno y que que mamaba con tanta ansia, se quedó muy perpleja: ¿Qué animalito más raro eres tú? Tampoco puedes ver, lo mismo que mi gatito, parece que tienes mucha hambre; seguramente no tienes padres. Pobre huerfanito, mama tranquilamente, yo tengo leche en abundancia, y cuando seas mayor mi pequeño tendrá un compañero de juego; pero te tengo que lamer y arreglarte un poco; estás muy despeinado y eso no me gusta. Y la gata lamió con ternura la ardilla chiquitina. Al ver el ama que la gata la dejaba mamar, tuvo una gran alegría y dijo:

—Pobre animalito, ya no te morirás de hambre, ya estás librado de la muerte.

Y así fué. La gata se quedó con la ardilla, la crió y la cuidó como si fuera su pro-

pia hija. La gatita y la ardilla creían que eran hermanos, se querían mucho y jugaban muy bien juntos. Daban carreras, subían por los árboles, y se sentían muy dichosos.

Pero un día el amo dijo al ama:

—Cuando la ardilla haya crecido más, se escapará, y eso no lo quiero. La has encontrado en el bosque, le has salvado la vida y ahora tendrá que quedarse para alegría nuestra.

Hizo entonces una jaula muy grande, colocando en el centro el tronco de un árbol y la puso cerca del pajar. En seguida dijo:

—Allí la meteremos antes de que sea mayor y se nos escape. La daremos nueces y buena comida. Además tiene un árbol para trepar, puede ver el hermoso bosque que está cerca; no necesita más, así que puede estar contenta y feliz. —Cogió la ardilla y la encerró en la jaula.

Pero la ardilla no estaba ni feliz ni contenta; al contrario, estaba muy descontenta, por no poder ya correr y brincar libremente con la gatita en el verde bosque. La jaula era estrecha y dura, y siempre veía rejas por cualquier sitio que se ponía a mirar. La gata venía todos los días, dando vueltas a la jaula y maullando decía:

—¿No puedes salir de allí, pobrecita? —La gatita también saltaba alrededor de la jaula, llamándola—: Sal y vente conmigo, para jugar en el bosque como antes.

Entonces la ardilla se puso muy triste y contestó:

—Con qué ganas jugaría yo contigo en el bosque; pero la puerta de la jaula está cerrada, yo no la puedo abrir; los hombres la cierran muy bien. Todos los días la gatita volvía a llamar y todos los días la ardilla volvía a repetir:

—No puedo, la puerta está cerrada. Cuando un día la ardilla otra vez estaba llorando por causa de la puerta cerrada, la gatita exclamó:

—¡Qué puerta más mala!, yo la abriré. Y dando un salto hacia la puerta, descorrió el cerrojo con la patita, y la puerta se abrió. Dando un salto de alegría la ardilla salió de su prisión y, llena de gratitud, abrazó a su hermanita, la gatita. Ambas, según su costumbre, corrieron al bosque a jugar.

De repente, la ardilla trepó a un árbol muy alto, muy alto.

—Bájate, que yo no puedo subir tan alto—gritó la gatita. Pero la ardilla respondió:

—No hermanita mía, yo ya no vuelvo. Yo correré muy lejos, muy lejos, de árbol en árbol, donde viven otras ardillas, para que no me vuelvan a cazar los hombres, encerrándome en una jaula. Mil gracias, por haberme dado la libertad al abrirme la puerta de la jaula. Consérvame tu cariño, no me olvides, como yo no te olvidaré, ni a ti ni a tu madre.

Y con esto saltó de rama en rama, de árbol en árbol, muy lejos, hasta que la gatita ya no la pudo ver más. Llorando y maullando lastimeramente la gatita corrió con su madre y le contó lo que había pasado. La gata la consoló, diciendo:

—Deja su libertad a la ardilla, que la necesita para ser feliz. Estoy orgullosa de que tú la hayas libertado; no llores más, alégrate de la suerte de tu compañera. Y ahora, ven: voy a jugar contigo.

Entonces también la gatita se alegró de haber ayudado a la ardilla, y de que ésta pudiera divertirse en el hermoso bosque.